



Lectura del santo evangelio según san Lucas (23,35-43):

En aquel tiempo, los magistrados hacían muecas a Jesús diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido».

Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos».

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso».



Último domingo del Año Litúrgico. Los misterios de la Vida de Jesús conmemorados a lo largo de doce meses se coronan y cierran con la solemnidad de Cristo Rey de los siglos y Señor universal.

"Digno es el Cordero que ha sido degollado de recibir el poder, riqueza, sabiduría, fortaleza y honor... A Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos" (Ap 5,12. 1,6).

En la plaza de S. Pedro de Roma, se levanta el obelisco de Calígula. Es un monolito egipcio de veinticinco metros de altura y se eleva sobre un pedestal de veinticuatro. En su punta aparece la Cruz victoriosa. En mármol, grabadas al pie, tres inscripciones: "Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera". Es el grito de alerta de los verdaderos cristianos hasta que entonemos en el cielo el eterno cántico de gratitud y amor al Cordero Inmaculado, Cristo Jesús: "Nos rescataste para Dios en Tu sangre de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y nos hiciste para nuestro Dios reyes y sacerdotes" (Ap 5,9).

DESDE EL TRONO DE LA CRUZ, JESÚS ACOGE A TODOS

Este Evangelio presenta, como en un gran cuadro, la realeza de Jesús en el momento de la crucifixión. Los jefes del pueblo y los soldados se burlan del «primogénito de toda la creación» (Col 1, 15) y lo ponen a prueba para ver si tiene poder para salvarse de la muerte (cf. Lc 23, 35-37). Sin embargo, precisamente «en la cruz, Jesús se encuentra a la «altura» de Dios, que es Amor. Allí se le puede «reconocer». (...) Jesús nos da la «vida» porque nos da a Dios. Puede darnoslo porque él es uno con Dios». De hecho, mientras que el Señor parece pasar desapercibido entre dos malhechores, uno de ellos, consciente de sus pecados, se abre a la verdad, llega a la fe e implora «al rey de los judíos»: «Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino».

De quien «existe antes de todas las cosas y en él todas subsisten» (Col 1, 17) el llamado «buen ladrón» recibe inmediatamente el perdón y la alegría de entrar en el reino de los cielos. «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43). Con estas palabras Jesús, desde el trono de la cruz, acoge a todos los hombres con misericordia infinita. San Ambrosio comenta que «es un buen ejemplo de la conversión a la que debemos aspirar: muy pronto al ladrón se le concede el perdón, y la gracia es más abundante que la petición; de hecho, el Señor —dice san Ambrosio— siempre concede más de lo que se le pide (...) La vida consiste en estar con Cristo, porque donde está Cristo allí está el Reino» (Benedicto XVI).

EN QUÉ CONSISTE SU REINO

Esencialmente en vencer el pecado con el Amor. Que solo el amor de Dios triunfe. Por eso reza la Iglesia en esta fiesta: Señor, concédenos propicio que la gran familia humana, disgregada por la herida del pecado, se

somete a tu suavísimo imperio. Y precisamente en este sometimiento a su poder, a su imperio, a su ley, a su amor, consiste el establecimiento de su Reino.

¿En qué consiste el "poder" de Jesucristo Rey? No es el poder de los reyes y de los grandes de este mundo; es el poder divino de dar la vida eterna, de librar del mal, de vencer el dominio de la muerte. Es el **poder del Amor**, que sabe sacar el bien del mal, ablandar un corazón endurecido, llevar la paz al conflicto más violento, encender la esperanza en la oscuridad más densa. Este Reino de la gracia nunca se impone y siempre respeta nuestra libertad. Cristo vino *"para dar testimonio de la verdad"* (Jn 18, 37)—como declaró ante Pilato—, quien acoge su testimonio se pone bajo su "bandera", según la imagen que gustaba a san Ignacio de Loyola. Por lo tanto, es necesario -esto sí- que cada conciencia elija: ¿a quién quiero seguir? ¿A Dios o al maligno? ¿La verdad o la mentira? **Elegir a Cristo no garantiza el éxito según los criterios del mundo, pero asegura la paz y la alegría que sólo Él puede dar.** Lo demuestra, en todas las épocas, la experiencia de muchos hombres y mujeres que, en nombre de Cristo, en nombre de la verdad y de la justicia, han sabido oponerse a los halagos de los poderes terrenos con sus diversas máscaras, hasta sellar su fidelidad con el martirio (Benedicto XVI).

El Reino de Jesús se establecerá de manera definitiva y eterna al final de los tiempos, cuando se cumpla el Evangelio: *«Y vendrá sobre las nubes con gran poder y majestad el Rey»*. ¡Qué maravilla! ese último momento de la historia será para mí el último día de mi vida, cuando se pare mi corazón y se efectúe, por fin, el encuentro cara a cara.

MEDITA TAMBIÉN LAS SIGUIENTES REFLEXIONES (P. Morales)

La Cruz nos indica que de ella arranca la grandeza imponente de Jesucristo, Rey de vivos y de muertos. *"Con razón, en la cruz se puso el título Rey de los judíos, pues desde ella irradia majestad Cristo Jesús"* (S. Ambrosio).

La festividad de Cristo Rey, aunque moderna en su institución (Pío XI, 1925), aparece enraizada misteriosamente en el primitivo cristianismo. En la era de los mártires, nuestros hermanos los primeros cristianos mueren proclamando la grandeza de Cristo.

Rey por naturaleza

Los bautizados debemos vivir esta fiesta de Cristo Rey unidos con la Virgen. María nos enseñará a perseverar unánimes en la oración de cada hora. Descenderá el Espíritu Santo iluminando nuestras almas... Destellos divinos y deliciosos nos alumbrarán. Iglesia, sí, pero al servicio de Jesucristo, Rey Eterno y Señor Universal. A las órdenes de Jesucristo Rey mirando a María, vivir sin salir del mundo para mejor atraerlo a Él. Contemplando a la Inmaculada, cantamos el aleluya de la Misa. *"Bendito el que viene en nombre del Señor! Bendito el Reino de nuestro padre David!"*.

"Otros reyes se presentan con insignias y atributos para que los reconozcamos. Éste no los necesita" (Sta. Teresa). Es Rey por naturaleza. Sólo con Su presencia y figura transparente realiza. *"Oh Hermosura que excedéis a todas las hermosuras! Sin herir, dolor hacéis, y sin dolor, deshacéis el amor de las criaturas"* (Sta. Teresa). Es tan suave Su mirada, que con sólo verle nos cautiva y enamora, y, sin dolor, rompe argollas de orgullo y pereza libertándonos de sus cadenas.

"Nos introduce en el Reino del Hijo de Su amor..."

"En tu querido Hijo, Rey del universo, quisiste fundar todas las cosas..." Como Hijo de Dios, le corresponde por naturaleza absoluto dominio sobre lo que sale de Sus manos creadoras. *"Por Él fueron hechas todas las cosas. Las del cielo y las de la tierra. Todo lo visible e invisible fue creado por Él y para Él"* (Col 1,16). Pero además, es Rey nuestro por derecho de conquista. Él nos rescató del pecado, de la muerte eterna. *"Hizo las paces por la Sangre de Su Cruz, reconciliando con Él todas las cosas"* (Col 1,20).

Profundicemos llenos de gratitud como los colosenses, en el misterio de amor que es para nosotros Cristo Rey redimiéndonos: *"Demos gracias a Dios Padre, que nos libró del poder de las tinieblas y nos hizo dignos de la herencia de los santos en la luz. Nos introduce en el Reino del Hijo de Su amor, en el cual tenemos redención por Su sangre, perdón de los pecados"* (Col 1,12-14).

Un mundo tan lleno... y tan desconfiado...

Naciones, familias, individuos, víctimas del egoísmo, esclavos de sus pasiones, sin paz, sin amor, sin unión de corazones. Es la panorámica hoy... Lo ha sido siempre, con contadas excepciones. Guerras, epidemias, hambre, odios y rencores, envidias y ambiciones, angustia de espíritu..., envueltos en deslumbrantes oropeles de técnica, progreso, libertad...

Epicúreos y sibaritas en un mundo consumista, pero a cada instante más angustia trágica en corazones desilusionados que no saben buscar y encontrar el Amor. Un mundo en expansión material creciente, tan atormentado por la duda, tan ciego para descubrir los caminos de la felicidad. Un mundo tan lleno de esperanzas e inquietudes, y, en el fondo, tan desconfiado, escéptico, desesperado.

¡Qué espectáculo tan triste se contempla a la luz de la liturgia de Cristo Rey! La herida del pecado haciendo estragos en la juventud desde la niñez. También el pecado en mí disuelve esa unidad totalizada al servicio de Dios que debe ser mi vida. *"Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón y todas las fuerzas de tu espíritu"* (Mt 22,37).

"Venga a nosotros Tu Reino", decimos en el Padre Nuestro. *"Reino de Verdad y Vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz"*, que la Misa nos impulsa a ambicionar.

Jesucristo nos recuerda hoy a cada uno la apremiante y amorosa invitación. Que todos nuestros hermanos del mundo se dejen cautivar por el suavísimo imperio de su amor. *"Mi voluntad es conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiera venir Conmigo, ha de trabajar Conmigo, porque siguiéndome en la pena, también Me siga en la gloria"* (San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*).

Hay una intimidad secreta entre Jesús y el cristiano, una unidad irrompible después de la Encarnación... La superficie tersa y tranquila de los lagos de montaña se mueve cuando la tempestad se desencadena en los mares... Quiero descubrir, Madre querida, el secreto para saber sufrir con alegría... Jesús padece en y por mí. Tú me enseñarás a ser cristiano, portador de la cruz con alegría radiante de paz en medio del dolor, desengaño e incompreensión. Sabré pisar así las huellas de Jesús.

S. Wenceslao, duque de Bohemia, recorría durante la noche las chozas de sus vasallos. La nieve ha helado los caminos. Muchos grados bajo cero. Acompañado de su paje, sale de palacio. Media hora de camino, y Podexino le dice con voz extenuada: "Déjame morir. No puedo seguir. Tengo las piernas heladas". Amorosamente lo levanta. Le dice: "Ya verás cómo puedes. Pon tus pies sobre mis pisadas y no tengas miedo". Y pudo seguir... También el creyente podrá seguir combatiendo sin retroceder, si pone sus pies en las huellas calientes que van dejando en la nieve las pisadas de Cristo, con y en Quien combate. Con Él y en Él descubrirá el manantial íntimo de alegría y felicidad que ocultan sus sufrimientos por amor de Dios.

OTROS TEXTOS PARA MEDITAR

➤ **Ese ladrón somos todos** (San Juan Pablo II)

«Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43): es la palabra más consoladora que Jesús pronuncia en el Evangelio. Es aún más alentador el hecho de que la dirija a un malhechor.

El buen ladrón seguramente había matado, quizás más de una vez, y no sabía nada de Jesús, sino lo que había oído gritar a la muchedumbre. Pero he aquí que escucha las palabras de perdón que el Nazareno dirige a quienes los crucifican e intuye, como en un relámpago, de qué Reino había hablado aquel "profeta". Enseguida lo defiende del escarnio del otro malhechor y enseguida invoca la salvación. Un sentimiento de solidaridad y un grito de ayuda han bastado para salvarlo.

Aquel ladrón nos representa a todos. Su rápida aventura nos enseña que el Reino predicado por Jesús no es difícil de alcanzar para cada uno que lo invoque.

➤ **Cristo me llama por mi nombre. Cuenta con nosotros** (Santo Cardenal Newman)

A lo largo de toda nuestra vida, Cristo nos llama. Nos estaría bien tener conciencia de ello, pero somos lentos en comprender esta gran verdad: que Cristo camina a nuestro lado y con su mano, sus ojos y su voz nos invita a seguirle. En cambio, nosotros ni siquiera alcanzamos a oír su llamada que se da a entender ahora mismo. Pensamos que tuvo lugar en los tiempos de los apóstoles; pero no creemos que la llamada nos ataña

a nosotros, no la esperamos. No tenemos ojos para ver al Señor, muy al contrario del apóstol a quien Jesús amaba, que distinguía a Cristo cuando los demás discípulos no lo reconocían para nada (cf Jn 21,7).

No obstante, estate seguro: Dios te mira, quien quiera que fueras. Dios te llama por tu nombre. Te ve y te comprende, Él que te hizo. Todo lo que hay en ti le es conocido; todos tus sentimientos y tus pensamientos, tus inclinaciones, tus gustos, tu fuerza y tu debilidad. Te ve en los días de alegría y en los tiempos de pena. Se interesa por todas tus angustias y tus recuerdos, todos tus ímpetus y los desánimos de tu espíritu. Dios te abraza y te sostiene; te levanta o te deja descansar en el suelo. Contempla tu rostro cuando lloras y cuando ríes, en la salud y en la enfermedad. Mira tus manos y tus pies, escucha tu voz, el latido de tu corazón y hasta tu aliento. No te amas tú más que te ama Él.

EJEMPLOS DE SOLDADOS DE CRISTO REY

- **Marcelo**, un centurión de la legión trajana, rehúsa valientemente participar en las supersticiones y profanidades de sus compañeros, diciendo: «*Yo soy soldado de Jesucristo, Rey eterno*». Muere decapitado el 30 de octubre del 298.

- **Hermías**, al ser invitado a sacrificar a los dioses en la persecución de Antonio Pío, grita: «*Soy soldado de Cristo, Rey celestial e inmortal, cuyo Reino no tendrá fin. Por tanto, no puedo obedecer a un rey temporal, cuyo reinado concluirá en seguida*». Y su cabeza rueda ensangrentada, mientras su alma florece con eterna primavera para el cielo.

- **Salvador Gutiérrez Mora** es empleado del Banco Internacional de Méjico. Abandona su empleo para incorporarse a la lucha de los católicos contra un Gobierno tiránico. Una bala atraviesa sus piernas. Al recobrar el conocimiento, le pregunta el teniente coronel Olivares: «—¿*De qué partido es usted? —Defensor de Cristo Rey*— responde jugándose la vida. —¿*Se rinde? —No me rindo. —Deme el revolver. —Tómelo y máteme si quiere, pero antes déjeme gritar: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!*» Así empezó a vivir para siempre.

- **Faustino Pérez** es, quizá, el mártir más representativo de los **mártires claretianos de Barbastro**. En él el heroísmo aparecía con caracteres más vehementes. A él se debe, entre otras cosas, la despedida que dedicó a la Congregación, una despedida que no se puede leer sin sentir un profundo escalofrío de emoción:

"Querida Congregación. Anteayer, día 11, murieron, con la generosidad con que mueren los mártires, 6 de nuestros hermanos; hoy, día 13, han alcanzado la palma de la victoria 20, y mañana, 14, esperamos morir los 21 restantes. ¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios! ¡Y qué nobles y heroicos se están mostrando tus hijos, Congregación querida! Pasamos el día animándonos para el martirio y rezando por nuestros enemigos y por nuestro querido Instituto; cuando llega el momento de designar las víctimas hay en todos serenidad santa y ansia de oír el nombre para adelantarse y ponerse en las filas de los elegidos; esperamos el momento con generosa impaciencia, y cuando ha llegado, hemos visto a unos besar los cordeles con que les ataban, y a otros dirigir palabras de perdón a la turba armada; cuando van en el camión hacia el cementerio, les oímos gritar ¡Viva Cristo Rey! El populacho responde ¡Muera! ¡Muera! Pero nada los intimida. ¡SON TUS HIJOS, CONGREGACIÓN QUERIDA, estos que entre pistolas y fusiles se atreven a gritar serenos cuando van a la muerte ¡VIVA CRISTO REY! Mañana iremos los restantes y ya tenemos la consigna de aclamar, aunque suenen los disparos, al Corazón de nuestra Madre, a Cristo Rey, a la Iglesia Católica y a Ti, MADRE COMÚN DE TODOS NOSOTROS. Me dicen mis compañeros que yo inicie los vivas y que ellos responderán. Yo gritaré con toda la fuerza de mis pulmones, y en nuestros clamores entusiastas adivina tú, Congregación querida, el amor que te tenemos, pues te llevamos en nuestros recuerdos hasta estas regiones de dolor y muerte. Morimos todos contentos sin que nadie sienta desmayos ni pesares; morimos todos rogando a Dios que la sangre que caiga de nuestras heridas no sea sangre vengadora, sino sangre que entrando roja y viva por tus venas, estimule su desarrollo y expansión por todo el mundo. ¡Adiós, querida Congregación! ... Los mártires de mañana, 14, recuerdan que mueren en vísperas de la Asunción; ¡y qué recuerdo éste! Morimos por llevar la sotana y morimos precisamente en el mismo día en que nos la impusieron. Los mártires de Barbastro, y en nombre de todos, el último y el más indigno, Faustino Pérez, cmf. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva el Corazón de María! ¡Viva la Congregación! Adiós, querido Instituto. Vamos al cielo a rogar por ti. ¡Adiós! ¡Adiós!"